

EL DEFENSOR DE GRANADA

(NÚMERO EXTRAORDINARIO)

Dedicado a la memoria de Don Miguel Moya

Un trozo de la Historia de España

El periodista

Cuando don Miguel era estudiante.—Su actuación de abogado

Don Miguel Moya y Ojaguren, nació en Madrid el 30 de Mayo de 1856; ha muerto, por tanto, a los sesenta y cuatro años de edad.

Estudió la carrera de Derecho con singular aprovechamiento, licenciándose a los diez y ocho años. A pesar de las felices disposiciones que demostró en los cursos de la Universidad, nunca vistió la toga. Sin embargo demostró sus conocimientos jurídicos en varias ocasiones, mereciendo ingresar en la Academia de Jurisprudencia, de la que ha sido vicepresidente primero.

Además, ha publicado frecuentes trabajos sobre materias de derecho, entre ellos el libro titulado *Conflicto entre los Poderes del Estado*, en el que, con penetración y clarividencia, se vislumbraban problemas de Derecho político que después se han planteado requiriendo urgente solución; y en ellos don Miguel enjuiciaba siempre con el espíritu de justicia, rectitud y liberalismo en que se han inspirado todos los actos de su vida ejemplarísima.

Conflicto entre los Poderes del Estado, logró tal estima, que aún hoy se cita por los tratadistas más eminentes, entre ellos don Vicente Santamaría de Paredes, quien hace repetida mención de este libro en su tratado de Derecho político.

En la colección de *El Liberal* hay también frecuentes artículos en los que don Miguel revelaba su dominio en los problemas jurídicos.

Ante todo, periodista.—Los años mozos

Pero no era esta su afición. Don Miguel Moya, fué ante todo y sobre todo, periodista. Desde los días de su adolescencia, sus aficiones le llevan al periódico, y así, una tarde, siendo estudiante, el gran novelista Ortega Munilla y él se dirigen a *La Epoca*, solicitando puestos en aquella redacción y sufriendo el desengaño de ser rechazados, ya que no presentaban más méritos,—los que luego habían de escalar las cumbres de la intelectualidad española—que los entusiasmos de su juventud.

Los primeros ensayos.—Director de un periódico

Los primeros ensayos periodísticos de don Miguel Moya se publicaron en *El Correo Español* y en *El Comercio Español*. Logró en compañía de Ortega Munilla, ingresar en la redacción de *La Iberia* y muchas noches, uno frente a otro, redactaron íntegramente, aquel diario, entonces en la plenitud de su vida periodística. Ninguno de los dos contaba veinte años de edad.

A los veintinueve, fué nombrado director de *El Comercio Español*, cargo que ejerció hasta 1887. En 1889, fué nombrado redactor de *La Democracia*.

La fundación de «El Liberal».—Moya, redactor

El sábado 21 de Mayo de 1879 apareció el primer número de *El Liberal*. Ocho o diez días más tarde, don Miguel, a la sazón redactor de *La Democracia* y director de *El Comercio Español*, fué solicitado para ingresar en la redacción, encargándosele de escribir un artículo comentario a las sesiones de Cortes, que se llamaba «Crónica parlamentaria» y las revistas de música.

Su primer artículo firmado en *El Liberal*, se publicó en la hoja literaria del lunes 30 de Junio de aquel año. Se titulaba el artículo «Música y calabazas» y aparecía junto a otros de Fernánflor, Francisco de Ans Pacheco, Rodríguez Mourelo, José Naczens y García Ladevese.

A partir de esta fecha encontramos admirables artículos literarios con

su firma en las hojas de los lunes, que luego se titularon «Entre páginas». Uno de ellos es un magnífico estudio crítico sobre Palacio Valdés.

Por aquel tiempo *El Liberal*, dirigido por Araus, constaba casi todos los días de las siguientes secciones: Artículo político de entrada, «A vuelta de pluma», «Extranjero», «Crónica parlamentaria» seguida de las sesiones de Cortes, «Las Provincias», «Lo que se dice», «Cartera de Madrid», «El Telegrafo», «Cultos», «Diversiones» y folletín.

Apareció por entonces «Madrid Cómic», que dirigía Sinesio Delgado, donde don Miguel colaboró frecuentemente con García Gutiérrez, Núñez de Arce, Campoamor, Zorrilla, Manuel del Palacio, Eusebio Blasco, Ricardo de la Vega, Vital Aza y otros.

Con motivo del centenario de Camoens fué enviado por *El Liberal* a Lisboa en 1880, publicando hermosas crónicas de la capital portuguesa y una titulada «Cintra», que es una

maravilla de estilo, de cálido y vibrante colorido.

Publicó entonces «Puntos de vista» con prólogo de «Fernánflor», libro que contribuyó a dar la merecida fama a su nombre.

Cada día se fué destacando más su figura en *El Liberal*. Sus «Crónicas parlamentarias», modelo de anticismo, elegantes en la forma, redactadas con finísima ironía, le hicieron gozar del respeto y la admiración de los políticos más eminentes, al paso que sus trabajos literarios le iban consagrando, llevándole a la primera línea de los eminentes escritores de aquella época.

A los treinta años de edad, en las elecciones de 1886, fué elegido diputado a Cortes por Ponte (Puerto Rico), de donde era oriunda la familia de su esposa, la virtuosa dama doña Belén Gasión de Iriarte, hija de un general de la Armada.

Director de «El Liberal»

Gobernaba Sagasta. España entera se apasionaba con las pruebas del

submarino «Peral». Salmerón, en el banquete de «La Alhambra», definía un nuevo partido republicano. Eran los días de 1890.

Don Mariano Araus dejó la dirección de *El Liberal* con motivo de unos incidentes que tuvieron principio en una polémica con *La Correspondencia Militar*. Interinamente, Ansorena se encargó de la dirección del periódico.

La figura de Moya, tenía en aquellos días extraordinario relieve: había presentado al Congreso una proposición de ley, acerca de la separación de los mandos civil y militar en Puerto Rico. Don Miguel pronunció varios y elocuentes discursos, admirables de forma y con lógica inflexible en defensa de su proposición. Los debates eran apasionadísimos. A consecuencia de ellos, y con motivo de una carta circular, el general Dabán fué condenado a dos meses de prisión en el castillo de Alicante.

Don Isidoro Fernández Flores «Fernánflor», presidente de la Sociedad

Anónima *El Liberal*, indicó a Moya para dirigir el periódico.

Exaltado a la dirección, se encontró con un periódico, que si bien gozaba de prestigio y de autoridad por su actuación fiel a los ideales que le inspiraron desde el primer número, arrastraba una vida lánguida, teniendo enfrente otros poderosos órganos de opinión que ocupaban los primeros puestos en la suma de sus tiradas.

El Liberal publicaba diariamente entre quince y diez y seis mil ejemplares. Diez y seis años más tarde dejaba don Miguel la dirección de *El Liberal* para presidir la Sociedad Editorial de España. El día que él dejó de ser director, tiraba *El Liberal* cerca de ciento diez mil ejemplares, siendo su tirada normal de más de cien mil y habiendo rebasado en días de apasionada intensidad nacional, la cifra de doscientos mil, no superada ni antes ni después por ningún periódico.

Tal fué el resultado de su fecunda, inteligente y activa labor.

Las primeras campañas.—El 1 de Mayo.—Reformas de «El Liberal»

Respetó Moya los moldes que habían trazado sus antecesores en la dirección de *El Liberal*, pero aplicando desde el primer día al periódico íntegramente sus portentosas facultades, fué haciendo evolucionar aquellas páginas, hasta infundirles el calor vital de todos sus entusiasmos.

Recordamos la campaña del 1 de Mayo de 1881: El año antes se había celebrado por vez primera en España la fiesta obrera; el socialismo español estaba en los comienzos de su actividad encarnada en la tenaz labor propagandista de Pablo Iglesias, que era entonces en el concepto de la mayoría de las gentes, que aun ignoraban el ideario del socialismo, un terrible anarquista.

Don Miguel, anticipándose a la trascendencia del movimiento social entonces iniciado, quiso despejar aquellos recelos de la opinión, que veía acercarse con miedo la fiesta del 1 de Mayo.

El 5 de Abril de 1881 empezó *El Liberal* su campaña. Día tras día fueron exponiendo en estas columnas sus juicios sobre las reivindicaciones obreras los más eminentes hombres de España: Echegaray, Salillas, Núñez de Arce, Pedregal, Figuerola, «Clarín», Rodríguez, Alonso de Berrasa, Labra, Mariano Nonasterio y otros.

Al propio tiempo *El Liberal* publicaba artículos editoriales de don Miguel, exponiendo la justicia de los ideales obreros y desvaneciendo los peligros que algunos veían en la fiesta de 1.º de Mayo. Los entonces redactores Luis Morote, Martínez Soto, León Lainez y otros, recorrían las regiones españolas informando al periódico de los preparativos de la fiesta obrera en Zaragoza, en Bilbao, en Levante, en Andalucía.

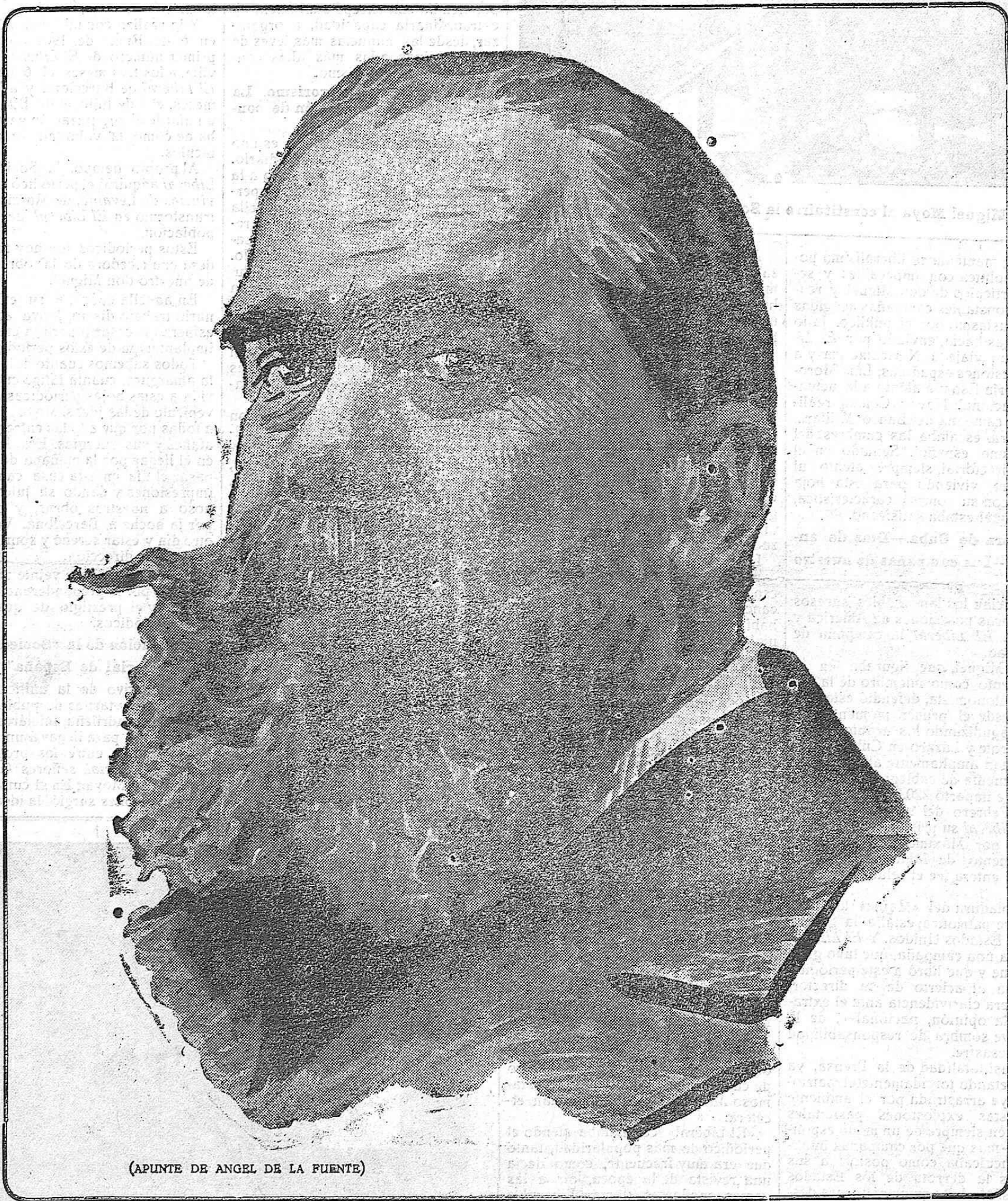
Y aquella campaña se llevó con espíritu tan ampliamente liberal, tan acogedor para los distintos criterios de los hombres más eminentes, que se dió el caso de colaborar en un mismo número don Francisco Pi y Margall, el entonces obispo de Madrid-Alcalá y don José de Carvajal.

Llegó el 1.º de Mayo. *El Liberal* publicó un extraordinario a cuyo frente figuraba un amplio y luminoso trabajo de don Emilio Castelar, titulado «El socialismo contemporáneo» y seguían breves opiniones de patronos, representantes de la riqueza, representantes del proletariado e intelectuales: junto a una cartilla de Martínez de la Riva la opinión de Pablo Iglesias; al lado de la del marqués de Villamejor un delicado juicio del insigne Campoamor y unas líneas vibrantes de Dícena.

En los días siguientes continuó la colaboración y las informaciones de la fiesta obrera en España y en el extranjero: Engel, desde Alemania; Landero, desde Bélgica; Rei Damazo, desde Portugal; Martino Mantelli, desde Italia y otros, enviaron sus trabajos a *El Liberal*, que fué el primer periódico acogedor, alentador y definidor del poderoso movimiento social que alborzaba en la vida española.

Aquel mismo año realizó *El Liberal* una de sus mejores campañas de fendiendo el Tratado con Francia para la exportación de vinos españoles. La campaña iniciada y sostenida por don Miguel contó con el concurso de don Segismundo Moret, quien publicó frecuentes artículos razonando y demostrando la conveniencia para la riqueza española de llegar a la realización de las bases que se proponían.

Eso iba unido a éxitos diarios de información del periódico. Atento a la actualidad periodística, don Miguel hizo una trasformación de las informaciones de prensa, cuidándolas, no escatimando sacrificio para mejorarlas, cambiando el tono doctrinal y sentencioso de los periódicos clásicos por la amabilidad, el interés y la emoción que luego habían de infor-



(APUNTE DE ANGEL DE LA FUENTE)

mar a la prensa. Así, por ejemplo, con motivo de las inundaciones de Almería y Consuegra y de la catástrofe ferroviaria de Burgos, *El Liberal* tuvo dos grandes éxitos de información. Dispuso desde los primeros momentos de los sucesos un admirable servicio y contó a sus lectores, cada día más numerosos, los trágicos aspectos de aquellas catástrofes por medio de las plumas de Julio Vargas, Luis Morote y Tesifonte Gallego, que fueron enviados por don Miguel para realizar estos deberes informativos.

Al final del 91, Moya, que llevaba poco más de un año dirigiendo *El Liberal*, podía estar plenamente satisfecho de su obra: el periódico había triplicado su circulación.

Espíritu incansable, conocedor de la efímera vida de un relato, de un suceso, de una información periodística, no consideró bastante lo alcanzado. Y en primero de Enero del 92, iniciaba aquella colaboración literaria, que luego ha sido timbre de orgullo de estas páginas. Buscó los mejores para *El Liberal* y ofreció al finalizar diciembre una colaboración fija en la que figuraban Campoamor, Núñez de Arce, Zorrilla, Vital Aza, Ramos Carrión, Ricardo de la Vega, Carvajal, Montero Ríos, Salmerón, Teófilo Braga, Castelar, Echegaray, Magalhães Lima, Pi y Margall, Moret, Salillas, el doctor Pulido y otros.

El 1 de Enero *El Liberal*, remozado con esta colaboración, la iniciaba publicando «Las generaciones democráticas», de Emilio Castelar; «Sevilla», canto de don José Zorrilla, y «Notas Fin de Siglo», de Fernánflor.

El enorme éxito del extraordinario de 1.º de Mayo del 91 se repitió con los de la misma fecha del 92 y 93, en los que colaboraron los mismos que en el primero y además Vacquerice, director del famoso *Le Rappel*, Canalejas, Moret, Pablo Iglesias, Jacinto Octavio Picón y otros.

Varios extraordinarios más publicó *El Liberal*, en estos dos años: los del Centenario del descubrimiento de América, maravilloso número de un gran valor histórico; el de Semana Santa, con un meritosísimo trabajo del padre Mir, el dedicado a la muerte de Zorrilla, con magnífica colaboración, y sobre todo el año Nuevo, verdadero alarde tipográfico, con ilustraciones de Emilio Sala, Alejandro Ferrant, Cecilio Pla, Angel Huertas y Joaquín Sorolla; piezas musicales de Arrieta, Chapi, Mancinelli, Barbieri, Bretón y Chueca, y artículos literarios de Pardo Bazán, Moya, Echegaray, Castro y Serrano, Fernández Bremón, Eusebio Blasco, Cavia, Fernánflor, Zorrilla, Campoamor, Leopoldo Cano y otros.

El 5 de Mayo del 92 creó Moya la sección de «Cuentos ajenos», que bien pronto gozó del favor del público, tanto que fue completada con la de «Cuentos propios», en 18 de Junio, redactada por los literatos Miguel de los Santos Álvarez, «Clarín», Castro y Serrano, Ferrarri, «Fernánflor», Fernández Bremón, López Guisarro, Palacio Valdés, Picón, Rodríguez Correa, Eugenio Señés, Juan Valera, Pereda y Moya, a más de los redactores de *El Liberal*, Arimón, Cavia, Dicenta, Eduardo del Palacio, Pulido, Roure, «Salvador Rueda», Rafael Salillas, Eusebio Seira y Tomás Tuero. En esta sección se publicaron cuentos tan ajenos, entre ellos el «Adiós, co rderal», de «Clarín»; «La salsa de los caracoles», de «Fernánflor»; «El sombrero de teja», de Ramos Carrión.

Poco más tarde creó don Miguel la famosa sección *Revista cómica*, que fue redactada simultáneamente por Vital Aza, Javier de Burgos, Siniesio Delgado, José Estremera, Constantino Gil, Jackson Veyan, Llerín, López Silva, Ramos Carrión, Navarro González y Rodríguez Lázaro, y nuestro actual compañero, que en aquellos tiempos ingresó en la redacción con Eduardo Rosón, nuestro redactor jefe.

Las informaciones de ellos iban precedidas de los clarividentes artículos de Moya y acompañados por juicios de las primeras figuras de España: el cardenal Monescillo, Cánovas, Martínez Campos, Pi y Margall, etc., etc.

Se sucedían los magníficos extraordinarios de *El Liberal*, que el público arrebatada. Se creaban nuevas secciones: «Plutarco del Pueblo», «Nuestros domingos» y las célebres «Crónicas que inauguró Juan Valera. Hacían el «Viaje por España» Julio Vargas y Luis Morote. Llama Moya al periódico al que luego fue nuestro llorado director Alfredo Vicenti. Se construye nuestro actual edificio.

Al propio tiempo el periódico continuaba siendo el mejor informado de



Don Miguel Moya al constituirse la Sociedad Editorial de España.

España; mantenía su liberalísima posición política con impecables y severos artículos de don Miguel y realizaba constantes campañas acogidas con entusiasmo por el público. Julio de Vargas hacía, enviado por *El Liberal*, un viaje a Norteamérica y a las posesiones españolas; Luis Morote recorría España atento a la actualidad nacional; Novo y Colson realizaba la campaña del Banco Militar... *El Liberal* escalaba las cumbres del periodismo español. Sentado en el sillón directorial, siempre atento al periódico, viviendo para esta hoja diaria, con su sonrisa característica, don Miguel estaba satisfecho.

La guerra de Cuba.—Días de angustia.—Las campañas de nuestro periódico.

Se inician los lamentables sucesos de nuestras posesiones de América y empieza *El Liberal* la campaña de Mindanao.

Don Miguel, que figuraba en el Parlamento como miembro de la minoría autonomista, defendió este criterio desde el primer momento. Se fueron agudizando los acontecimientos. Morote y Lázaro en Cuba, informaban tan ampliamente al periódico, que la cuenta de cablegramas en un trimestre importó 220.000 pesetas. El 23 de Febrero del 97, relata Morote en *El Liberal* su prisión y condena a muerte por Máximo Gómez, en el campamento de Maniquita Capiro. España entera lee el relato con emoción.

La voladura del «Maine» los días de fiebre patriótica; estalla la guerra con los Estados Unidos. Y *El Liberal* empieza una campaña, que tuvo gran repliegue y que libró a este periódico —gracia al acierto de su director, verdadera clarividencia ante el extravío de la opinión, nacional—, de la más leve sombra de responsabilidad en el desastre.

La casi totalidad de la Prensa, ya interpretando torcidamente el patriotismo, ya arrastrada por el ambiente que estas explosiones pasionales producen siempre de un modo espontáneo—más que por campañas públicas—incalca como posible a sus lectores la derrota de los Estados Unidos. No faltó quien calificara desdenosamente a los yanquis de «mercaderes» y presentara a nuestra escuadra como superior en el número y en la potencia a la escuadra norteamericana. Hasta hubo gobernante que, en pleno Parlamento, afirmó que el sol de la victoria luciría para la armada española.

Don Miguel Moya, firme en su acertado pensamiento, sostuvo primeramente la necesidad de conceder a Cuba la autonomía y no se embriagó con los acordes de la «Marcha de Cádiz», que llenaba el ambiente nacional.

¡Cruels días para el varón ejemplar! se le acusaba de filibustero, se decía que *El Liberal* lo habían comprado los yanquis, la calumnia se cebó en su honorable figura, llegaban a millares las bajas a esta casa... Nada amilano a don Miguel. Separando las diatribas, siguió impávido el pensamiento patriótico en que se inspiraba, luego tan dolorosamente comprobado.

Al mismo tiempo *El Liberal* ensalzaba y glorificaba al ejército y a la marina que heroica y estérilmente lucharon para la muerte. En los extraordinarios de aquellos días colaboraban los hombres representativos y se apoyaban patrióticamente los empréstitos y las suscripciones. Así se realizaba el doble propósito de mostrar a los españoles la realidad de la guerra y ennoblecer y elevar con loabilísimo empeño a los que lucharon.

Pasaron aquellos momentos tristes y, como recuerdo de ellos, quedaron el pensamiento de Pi y Margall y la campaña pura que, bajo la dirección de don Miguel, había realizado este periódico.

La guerra de Cuba, que había de causar graves trastornos en la vida española, fue para la patria como la cancelación de un censo, que a eso habíamos conducido el régimen colonial de España. Se habló de la reconstitución nacional y si no ha sido rápida, culpa fue de los que cultivaron el escepticismo en vez de consagrarse por entero a la obra optimista en que puso sus anhelos don Miguel, procurando inspirar en ella, con su poderosa actuación social, a los lectores de este periódico.

Los concursos de «El Liberal»

Pasada la guerra introdujo don Miguel otras innovaciones en «El Liberal». Aportó nuevos colaboradores, entre ellos don Joaquín Costa, de quien hizo una calurosa defensa, y empezó la serie de famosos concursos de «El Liberal», en el primero de los cuales se hizo conocer por España entera el insigne don José Nogales, con su cuento *Las tres cosas del tío Juan*.

Se celebraron otros muchos. Uno para obreros, con motivo del 1 de Mayo, en el que fueron premiados don Matías Gómez y la modista doña María Guerrero; otro entre maestros; otro para cuestiones militares; otro de cuentos, en el que se premió el famoso *Malpocado*, de Valle-Inclán, etcétera.

«El Liberal» continuaba siendo el periódico de más popularidad, tanto que era muy frecuente, como decía una revista de la época, oír a las gentes modestas llamar *Liberal* a todos los papeles impresos. Al periódico, cualquiera que fuese se le llamaba por antonomasia *El Liberal*.

Otro de sus actos, siempre nobles, fue la iniciativa del magno homenaje a Echegaray, celebrado tan espléndidamente. En el trabajo don Miguel con incansable celo hasta conseguir la realización de aquella obra de justicia.

La muerte de Fernánflor. Moya, presidente de «El Liberal»

El insigne literato don Isidoro Fernández Flores, que era presidente de la Sociedad anónima propietaria de *El Liberal*, tenía verdadero delirio por don Miguel, admirando la técnica de la obra que venía realizando en el periódico. Nada resolvía «Fernánflor» sin oír la opinión de Moya, quien tal autoridad ejercía sobre su pensamiento, que cuando alguna vez, muy rara, existía alguna discusión o divergencia, «Fernánflor» la terminaba siempre diciendo:

«Bueno, que se haga lo que Moya quiera.»

En Abril de 1902 cayó enfermo «Fernánflor». Era hombre que no tenía más vínculo social que *El Liberal*, ni más familia que los de esta casa. Moya se consagró a su existencia, llevó médicos, aplicó remedios, pero todo fue inútil: el 7, moría aquel ejemplo de caballeros y modelo de escritores.

Moya dispuso que su cadáver fuese trasladado a *El Liberal*, donde se le expuso, y, al hacerse cargo de sus papeles, encontró, con sorpresa, el testamento autógrafo: «Fernánflor» sólo poseía, aparte unos terrenos de escásimo valor, sus acciones de *El Liberal*. En el testamento «Fernánflor» disponía, más como legado espiritual, que como cesión de bienes, que sus acciones fuesen íntegras después de cumplir algunas mandas, por partes iguales a don Miguel Moya y a don Antonio Sacristán.

Aquello fue para los dos un depósito sagrado de confianza, a la que respondió Moya, consagrando más aún, si era posible, su vida a *El Liberal*.

Desde entonces fue Moya, por disposición estatutaria, el presidente de *El Liberal*; y nunca fue el empresario, sino el compañero más trabajador de cuantos había en esta casa.

Presidente y director al mismo tiempo, atendía con excepcional talento y extraordinaria capacidad, a organizar, desde las minucias más leves de estas páginas, a las más altas concepciones del periodismo.

La campaña del terrorismo. La del «bloque». La supresión de consumos.

La campaña del terrorismo es uno de los timbres de gloria de este diario.

El proyecto de ley sometiendo a la Prensa a un régimen especial de persecución y castigo, suscitó aquella campaña que libro a España de represalias y permitió que el pensamiento liberal no fuese atropellado.

Don Miguel, en «El Liberal», sostuvo con admirable tenacidad aquella campaña que dejó «extramuros» —la frase de entonces— la ley del terrorismo.

Homenaje a su triunfo fue aquel memorable banquete, acaso el más numeroso de cuantos se han celebrado en Madrid.

Presidió don Miguel y se sentaron a su lado Moret, Romanones, Melquíades Alvaréz, Amós Salvador, Mellado, Aguilera, Calzada, Esquerdo, conde de Sagasta, Galdós, Canalejas, Gasset, Rodríguez, Suárez Inclán y otros.

Cuando se levantó Moret para decir: «Los hombres políticos cedemos el paso al director de la campaña de Prensa que ha acabado con la ley del terrorismo», una clamorosa ovación fue el homenaje del liberalismo español a la excelsa figura de don Miguel.

Este, en muy sentidas palabras, rehusó tanto honor, dedicando al triunfo de las ideas democráticas aquellos actos públicos.

En aquel banquete memorable, una vez más se puso de manifiesto el carácter de don Miguel, bueno siempre, enérgico y tenaz para conseguir la victoria y, una vez conseguida, gran altruista para no atribuirse a su persona ni utilizarlo en ventaja propia.

Igualmente célebres son las campañas del «bloque» izquierdista y la de supresión de consumos.

La fundación de «Liberales» en provincias.

Cuando don Miguel viajaba, su primer acto, al llegar a una población, era comprar los periódicos locales y cuantos de todas partes llegaban. Todo el que ha viajado con él habrá visto que, aun sosteniendo la conversación más interesante, hasta yendo en el restaurant, si, al parar el tren en una estación, oía vocear un periódico, todo lo dejaba para lanzarse a comprarlo. El entusiasmo profesional lo sobreponía a todo. Bien puede decirse que no tenía más pasión humana que el periodismo.

En este pensamiento constante comprendió que las modernas comunicaciones adelantaban de tal modo los sucesos, las noticias y hasta los artículos, que constituían la Prensa madrileña, que los periódicos, sometidos a un lento transporte, llegaban con considerable retraso.

Quiso, y logró, que la expansión de esta obra de *El Liberal* fuera simultánea en aquellas poblaciones importantes que por la intensidad de su vida, por su acción social, debían gozar de las mismas primicias que Madrid. Y concibió la fundación de *Liberales* en Sevilla, Bilbao y Barcelona.

Y la realizó con tal previsión, que en 6 de Enero de 1901 apareció el primer número de *El Liberal* de Sevilla: a los tres meses, el 6 de Abril, *El Liberal* de Barcelona, y a los tres meses, el 6 de Julio, el de Bilbao. Fue un alarde de organización y una prueba de cómo la voluntad vence obstáculos.

Al propio tiempo, la Sociedad *El Liberal* adquirió el periódico *Las Provincias* de Levante, de Murcia, que se transformó en *El Liberal* de aquella población.

Estos periódicos son hoy una bandera enaltecedora de la obra genial de nuestro don Miguel.

En aquella época, a su extraordinario trabajo diario, Moya agregó el esfuerzo necesario para la creación e implantación de estos periódicos.

Todos sabemos cuanto dolor, cuanto amargura, cuanto fatiga cuesta dar vida a estas hojas periódicas que son vehículo de las ideas. Moya se la dio a todas por que a todas entregaba sus afanes y sus energías. Era frecuente en él llegar por la mañana de Sevilla, pasar el día en esta casa cambiando impresiones y dando su juicio luminoso a nuestras obras, y marchar por la noche a Barcelona. Volver al otro día y estar sereno y sonriente, en la mesa de dirección.

Su acierto de hace veinte años está probado por la preponderancia, la autoridad y el prestigio de que gozan estos periódicos.

La fundación de la «Sociedad Editorial de España»

Con motivo de la unificación de descuentos y tarifas de publicidad de la prensa madrileña, iniciáronse conversaciones para llegar a un acuerdo en este punto entre los propietarios de *El Imparcial* señores Gasset, y don Miguel Moya. En el curso de las conversaciones surgió la idea de que

el acuerdo fuese más amplio, llegándose a una unión completa, y de tal modo hubo coincidencias en las opiniones que en 1.º de Mayo de 1906 se constituyó ante notario la «Sociedad Editorial de España», con un capital de diez millones de pesetas, siendo nombrado don Miguel presidente de la Sociedad, del Comité ejecutivo y del Consejo de Administración y vicepresidente su compañero de juventud el insigne Ortega Munilla, director que entonces era de *El Imparcial*.

Representando a todos los accionistas de *El Liberal* y con voto unánime de confianza, firmaron la escritura don Miguel Moya y el inspector jefe de servicios de *El Liberal*, don Antonio Sacristán. En dicha escritura se consignó, por imposición de don Miguel, que «como siempre y como se dispone en todos los estatutos *El Liberal*, desde su fundación, este defendía los principios democráticos con absoluta independencia y sin afiliarse a ninguno de los partidos políticos.»

En 14 de Mayo de 1906 don Miguel Moya, a nombre de la Sociedad Editorial, adquirió en 1.500.000 pesetas la propiedad del *Heraldo de Madrid* y la del edificio situado en la calle Colegiata, número 7.

Dirigía entonces el *Heraldo*, y siguió dirigiéndolo nuestro ilustre amigo don José Francos Rodríguez, y era el periódico propiedad de la familia Canalejas, recibiendo la inspiración del insigne don José. Y en el título de adquisición se consignó que seguiría con igual pensamiento hasta el punto de que después de adquirido, el director recibía la inspiración política del señor Canalejas.

Don Miguel, que en materia periodística veía y consideraba, ante todo, a los periodistas, antes de formalizarse convenio alguno, reunió a todos los que redactaban el *Heraldo* y les expuso sus proyectos y orientación y deseo de que todos continuasen en el *Heraldo*, advirtiéndole que de no ser así no se realizaría la compra. Les explicó los propósitos de la Sociedad, que no eran más que los de unión administrativa y mejora editorial.

Lo comprendieron así y todos continuaron en el periódico, y la Empresa tuvo la satisfacción de no prescindir ni de un redactor, ni de un funcionario, ni de un obrero, ni de un dependiente de cuantos trabajaban entonces en el *Heraldo*.

En 9 de Diciembre de 1907, la Editorial adquirió *El Defensor de Guadalupe*, y en 25 de Enero de 1908, *El Noroeste de Gijón*.

Durante diez años, *El Imparcial* formó parte integrante de la Sociedad Editorial. Desando los elementos que representaban aquel periódico, una mayor amplitud, procedieron de común acuerdo con don Miguel a instituir, en Mayo de 1816, con absoluta independencia, la Sociedad editorial de aquel periódico.

El señor Moya dio tantas facilidades, puso tanto de su parte en aquella gestión, que subsistió, con más arraigo la buena amistad y cordialidad de relaciones entre *El Imparcial* y la Editorial.

Cómo trabajaba don Miguel

A las tres de la tarde estaba todos los días en el mismo despacho, en el que con tanto dolor escribimos estas líneas; todo el personal desfilaba ante el amigo cariñoso, quien inspiraba a unos, estimulaba a otros, enaltecía a los del mérito y alentaba a los principiantes. Todo bondad y compañerismo, a nadie refirió ni am exhortaba; con su aparente seriedad tenía, sin embargo, todas las delicadezas de la ternura.

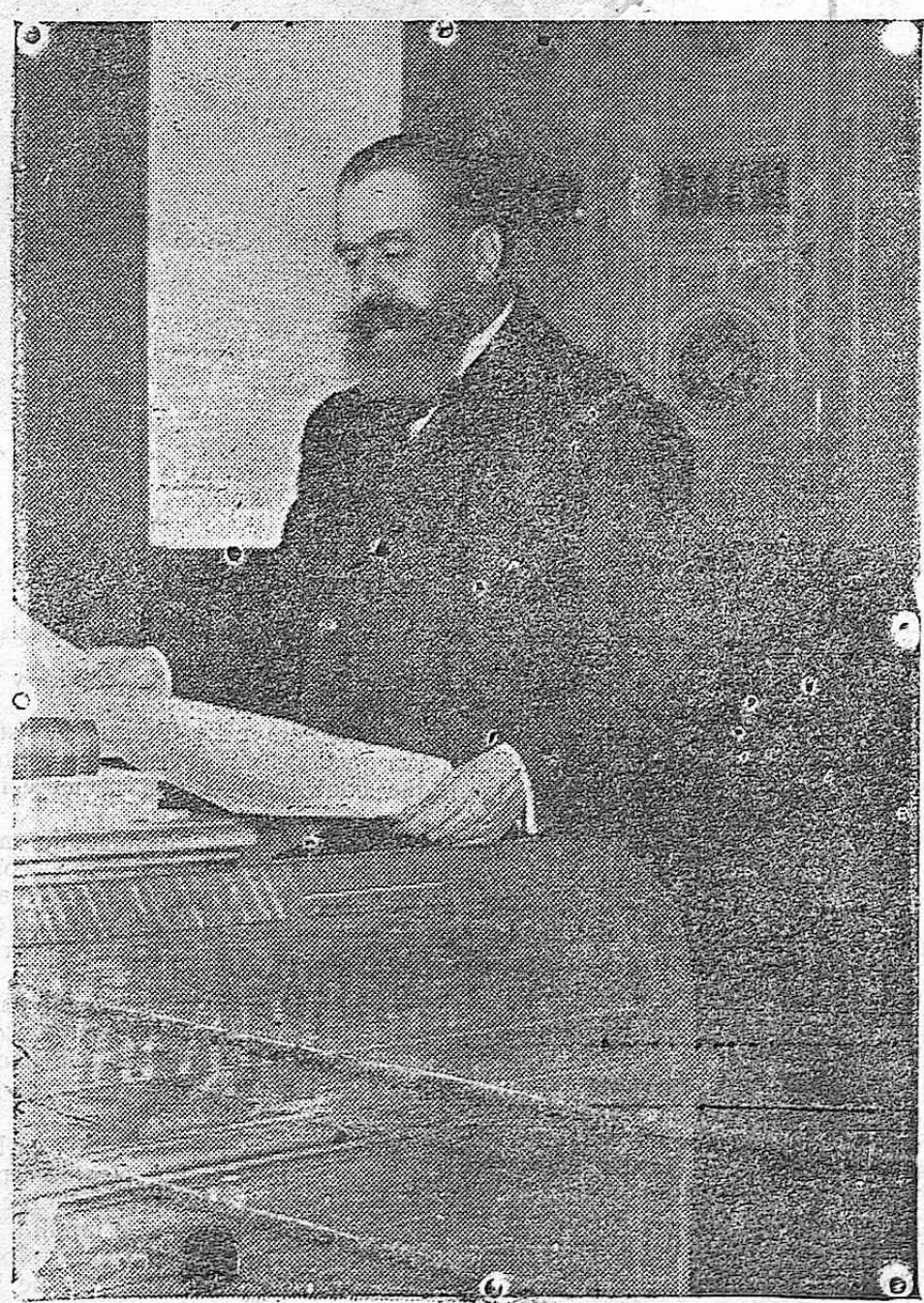
A última hora de la tarde, don Miguel daba el primer original para el periódico, después de haber charlado y convenido con los redactores lo más saliente del día, y por lo tanto, lo más esencial del número.

Iba dando todos los originales al regente y anotándolos en una cuartilla, con una contrasena para recordar su importancia y extensión.

A las diez volvía al periódico y continuaba escribiendo y dando original hasta las dos de la madrugada, que empezaba el ajuste. Sin moverse del sillón directorial daba la orden de confección del número. Cuando constaba de cuatro páginas partía una cuartilla en cuatro pedazos, los numeraba y escribía por orden de ajuste los títulos de los trabajos que en cada uno habían de incluirse. Cuando eran de seis partía la cuartilla en seis pedazos y hacía lo mismo.

Con tal precisión calculaba la extensión de cada trabajo, que los regentes de la imprenta, primero don Luis Santos, hoy librero muy acreditado, y luego nuestro actual jefe de talleres, don Salvador Lacruz, se maravillaban de la justeza de don Miguel el dividir y marcar las columnas.

Permanecía en el periódico hasta que las máquinas empezaban a tirar números; pedía un número, leyéndolo detenidamente, y no se retiraba a descansar hasta que compraba y leía ejemplares del periódico o periódicos



Don Miguel Moya en su despacho de la Sociedad Editorial.

que en las disímiles épocas pudieran hacer la competencia a *El Liberal*.

Entusiasta de la música, acudía al teatro Real algunas noches; y también tenía la costumbre de ir a los estrenos de los autores más celebrados, pero nunca asistió a una representación completa por no faltar más de una hora al periódico. Oía un acto y regresaba a la Redacción; la noche siguiente iba a oír otro, y así hasta que conocía íntegra la obra.

Era el hombre del orden y del método, distribuidor admirable de las horas para aprovecharlas todas. Los redactores conocían tan perfectamente sus hábitos, que podían anticipar qué noche había de retirarse o de salir a la calle. Invitado siempre a las casas donde se celebraban fiestas, en aquella época acudía sólo una media hora y era muy frecuente verle trabajando de f. ac hasta las doce, y ausentarse media hora para asistir a aquellas tertulias y fiestas literarias de la marquesa de Squilache.

El 11 de febrero sabían todos los redactores que no llegaba al periódico hasta las once de la noche, porque asistía a la comida anual que el conde de Esteban Collantes festejaba a los periodistas más esclarecidos.

En una de las cosas en que se demostraba su capacidad de organización, era en las horas de madrugada, cuando a punto de cerrar el periódico, llegaba la noticia de un suceso importante. Disponía de tal modo el trabajo, ordenaba tan acertadamente el original, que sin necesidad de ir a los talleres ordenaba desde arriba, colocaba la información en el sitio que merecía, sin presionar de nada de cuanto fuese noticia interesante.

Todos los datos y cifras de *El Liberal* los llevaba siempre en el bolsillo, en cuartillas dispuestas prácticamente de un modo ideal por él.

En estas cosas estaban las cifras de tirada, suscripción, venta en Madrid y provincias, etc., desde el día de la fundación de *El Liberal*, hasta el 30 de Junio último, que salió de Madrid. Y lo asombroso era ver que en esas cuartillas estaban todos los datos numéricos del periódico con tal precisión, que alguna vez los contables de la Empresa hacían errores a pesar de la perfección de la contabilidad, y él advertía enseguida el error, sin sufrirlos nunca.

Al constituirse la Editorial y ser nombrado don Alfredo Vicenti director de *El Liberal*, don Miguel dejó de venir por las noches al periódico. Se levantaba muy temprano, leía cuidadosamente todos los periódicos y trabajaba mañana y tarde en su despacho de la Editorial. A última hora de la tarde venía a esta casa y continuaba su trabajo hasta la hora de cenar.

Era un crítico incansable de nuestro trabajo. Si un redactor se distinguía en un número aquella tarde encontraba en la quilla una carta de don Miguel felicitándole; no censuraba nunca, pero se desenvolvía delicadamente sus frases dándole trasluz cualquier defecto, cualquier omisión que hubiésemos sufrido. Se informaba a diario de cuanto escribíamos; desde el que había redactado el fondo, hasta el que redactaba la última gaceta, y así conocía perfectamente las condiciones de cada uno y procuraba, como un hermano mayor, orientar a todos los que le rodeaban, marcarle el rumbo más adecuado, propicio siempre a prestarle su ayuda.

Era el hombre que todo lo había dado a estas cosas que cada día salían buscando el efecto del público. Su vida entera está en las páginas de *El Liberal* y en la formidable labor tenaz y constante desarrollada dentro de esta casa.

El Liberal es su obra, su fortuna, el resumen de cuarenta años incansables.

Vivió modestamente. Dió cuanto tuvo a esta hoja diaria. Fuera de las Empresas periodísticas a que se consagró, no poseía una finca, ni nada. Todo fue para el periodismo. Sus últimas palabras han sido también para esta obra; ha muerto dedicándonos su último pensamiento.

Nosotros tendremos como ambición suprema de nuestra vida hacernos dignos de su nombre y seguir el ejemplo que él nos ofrece.

Sus libros

Deja publicados «Conflictos entre los poderes del Estado», «Puntos de vista» y «Oradores políticos».

El primero, como decimos en otro lugar, es una admirable demostración de los sólidos conocimientos jurídicos de don Miguel.

El segundo es obra de su juventud, llena de la fragancia de los primeros años, prologada por «Fernánfaro».

«Oradores políticos» — Perfiles — es un conjunto de semblanzas de Cánovas, Castelar, Sagasta, Martos, Silvela, López Domínguez, Alonso Martínez, Azcarate, Pidal, Moret, Gamazo, Pi y Margall, Montero Ríos, Salmerón, Martínez Campos, Labra, el marqués de la Habana, Moyano, Ruiz Zorrilla y Romero Robledo. En ellas resplandece, en todo su vigor, el eruditismo de estilo brillante, de fino acierto, dueño de la frase justa.

Don Miguel y la Asociación de la Prensa

Su obra fecunda por los periodistas españoles

En las noches del 15 de Febrero, 1895,

del mismo mes y 4 de Marzo de 1895, se celebraron unas reuniones de periodistas en la calle de San Agustín, número 2, bajo, y quedó constituida la Asociación de la Prensa de Madrid.

En la lista de fundadores hay muchos nombres ilustres, que pagaron su tributo a la muerte.

En la sesión del día 31 de Mayo se eligió la primera Junta directiva.

Don Miguel Moya fue nombrado presidente por aclamación y por mayoría de votos: vicepresidentes, los señores Rames y Solsona; censor, señor Vicenti; tesorero, señor Gasset; secretarios, señores Bocherine y Muñoz (don Eduardo); vocales, los señores Cárdenas, Perpiñán (don M.), Martínez Soto y Soldevilla.

En los veinticinco años que desempeñó, sin interrupción, el cargo de presidente nuestro ilustre don Miguel, la Sociedad tuvo 1.815.487,26 pesetas de ingresos.

La Asociación de la Prensa ha sido y es el amparo de los periodistas; sus auxilios han contribuido a mantener el prestigio de la clase. Don Miguel ha dedicado a ella, incansablemente, sus nobles afanes.

Por su iniciativa y por su constante trabajo se han organizado esos famosos festivales, con los que se atendían a los gastos de la Asociación.

Una de las iniciativas fecundas del señor Moya al frente de la Asociación de la Prensa, cuya primera administración puede señalarse como modelo y ejemplo, fue la fundación de la Cooperativa de la Prensa, que en el último año hizo ventas por valor de 679.742,20 pesetas, con un beneficio líquido de 48.606,55.

Estas cifras dicen más que un artículo sobre lo que fue la obra admirable de don Miguel Moya, desde el 31 de Mayo de 1895 hasta el 30 de Mayo de 1920, en que fue elegido, también por aclamación, presidente honorario.

A este resultado se llegó gracias a la energía del presidente de la Asociación, que en un momento de crisis cuando todas las voluntades se pronunciaban contra la continuación de la Cooperativa, supo defender su existencia y vencer todos los temores.

Veinticinco años en que su voluntad, su cerebro y su corazón sólo vivieron para acudir en socorro de los periodistas enfermos y necesitados.

Por eso en esta hora de las alabanzas y de las justicias, nuestro dolor recibe el consuelo de las pruebas de afecto que nos llegan de todos los periodistas de España y de todas las redacciones, que simbolizaban en el que ya no existe el periodismo altruista, romántico, luchador del ideal, que no maldició con un pensamiento impuro ni con flaquezas de la carne, tan fáciles a la dádiva y a las vanidades humanas.

Ni cruces, ni títulos, ni mercedes, ni altos cargos. Quien pudo haberlo sido todo, cifró su orgullo de hombre honesto en ser un símbolo, y consiguió con creces esta noble aspiración.

El señor Moya fue, para cuantos se mueven en el mundo de las letras, «don Miguel».

Y en telefonemas y en telegramas, y en las visitas de pésame, en todos los labios y en todas las plumas hay un don Miguel lleno de respeto y admiración. Tanto, que en estos últimos meses de lucha y de combate, el único acuerdo que por aclamación ha tomado la Asociación de la Prensa ha sido el de su nombramiento de presidente de honor.

El político

Su actuación parlamentaria. Su amistad con los políticos

Don Miguel Moya fue elegido diputado por vez primera por Ponce (Puerto Rico), en 1886, por donde fue reelegido dos veces, dedicando preferente atención en el Parlamento a los asuntos de aquella isla, defendiendo las tendencias autonomistas moderadas. En 1890 presentó al Congreso una proposición de ley acerca de la separación de los mandos civil y militar en Puerto Rico, que dió ocasión a apasionadísimos debates y motivó una prisión de dos meses en el castillo de Alicante, al entonces general de brigada Dabán, que había dirigido, en su calidad de militar y senador, una carta circular de consulta a sus compañeros de uniforme. Fue notable también su interposición acerca de la política del Gobierno en Cuba y de Puerto Rico (1891), pues el debate que de ella se derivó duró veinticuatro sesiones, y en él tomaron parte, entre otros, Cánovas del Castillo, Moret, Romero Robledo, López Domínguez, conde de Romanones y Labra. Ha sido también diputado por Mayagüez (Puerto Rico) y desde la pérdida de nuestras colonias ha ostentado casi sin interrupción la representación de Fraga (Huesca) en el Congreso, habiendo sido en 1906 senador por dicha provincia, y luego diputado por la capital, donde cuenta con afecto unánime; de allí recibimos innumerables testimonios de pésame que revelan el honradísimo sentimiento causado por su muerte.

Nunca quiso aceptar un cargo público, aunque se le ofrecieron todos. Era uno de sus orgullos no haber firmado jamás una nómina del Estado.

Con Emilio Reus, con Cristino Martos, del que fue inseparable amigo; con Canalejas después, con García Alón o, formó parte de aquella juventud democrática que fue la propagandista de las modernas ideas liberales en España. Los actos de su juventud, en el accidentado período de los principios de la Restauración, de las luchas políticas de republicanos y liberales contra los procedimientos autoritarios de Cánovas, dieron gran relieve a don Miguel, quien al propio tiempo, y esto es lo extraordinario, mereció gran confianza del citado estadista, a pesar de la dureza con que en el periódico y en la tribuna le combatían.

Fue gran amigo y admirador de Castelar, quien le quería entrañablemente. En el célebre comedor de don Emilio, don Miguel Moya era uno de los familiares de las históricas tertulias, y Castelar gustaba de oír sus opiniones, siendo una de las personas con quienes estableció vínculos espirituales. Tan pública y notoria era esta compenetración, que luego don Miguel fue el sucesor de Castelar, representando el distrito de Huesca.

El viaje de don Emilio a San Pedro de Pinatar, ya en los últimos días de su vida, fue preparado por don Miguel, quien le proporcionó alojamiento, acompañándole hasta el tren.

Mereció los honores de ser oído y consultado por todos los grandes hombres. En su archivo existen cartas de todos los políticos. López Domínguez se inspiró en don Miguel cuando trató de la unión de las izquierdas; Canalejas era gran amigo y admirador; Moret, gustaba tanto de la amistad y de las opiniones de nuestro jefe, que podríamos hacer una interesantísima colección con las cartas que de él conservaba, preguntándole a veces, requiriéndole otras, llamándole algunas cuando pasaban varios días sin entrevistarse.

De los actuales políticos, todos mejor que nosotros, pueden hablar de la alta estima en que le tenían. Una de las pruebas de ella es la campaña del bloque.

Nunca riñó a un redactor. De esta casa no salió nadie despedido por él; cuantos entraban aquí seguían indefectiblemente y, si tenían defectos, don Miguel procuraba disculparlos, les aconsejaba pero nunca iba más allá.

No fué ni es esta la casa donde se viene a trabajar para una empresa, sino mansión de camaradería, con amplia libertad para todos y cada uno, condicionada sólo al interés del periódico, pero tan discreta, tan delicadamente que don Miguel no necesitó nunca señalar a ninguno su deber; de tal modo en su bondad se hacía acreedor al respeto de todos.

Ni aquellos que tuvieron una vida más tempestuosa, olvidaron nunca un respecto que él nunca pidió, sino que todos, tácitamente, habíamos de concedérselo al saludarle por vez primera.

Nunca tuvo secretario. Escribía toda su correspondencia de un puño y letra, con aquellos rasgos desiguales y los renglones muy torcidos. Calculaba él, y con aquellos con el conyuntivo, que gustaba diariamente una caja de pape: todo el día estaba escribiendo cartas, aprovechando las pausas en su trabajo. Las contestaba en el acto de recibirlas, en la Asociación de la Prensa, en la Editorial, en el Congreso, en su domicilio, en esta su casa.

Recordamos un suceso de hace pocos meses: Un joven escritor fué una mañana a la Sociedad Editorial y entregó una carta, pidiéndole un favor; en ella le pedía señalase la hora a que podía recibirle. Dió la carta a un portero y dijo que él iría a recoger la contestación.

El joven escritor volvió al día siguiente a la misma hora y recogió la contestación; don Miguel le había contestado en el momento de recibir la carta, citándole para la misma tarde. Y el solicitante nos decía que ya no se atrevía a volverle a escribir, temeroso de haber

El había guardado silencio y siguió guardándolo.

«Así con cuantas cartas! Las poseía mucha para dar una contestación categorica e inmediata con sus propias palabras a algunos de los que le combatían y las reservó todas.

Nadie que se acercaba a don Miguel en demanda de protección o ayuda de cualquier clase, quedaba defraudado.

Los mendigos le esperaban en las calles del Turco, Colegiata y Serrano. Su compasión por los cojos y tullidos hacía que en la calle, cuando iba a su domicilio le esperase varios que le conocían, saludaban, y para los que siempre tenía di. pue. to su bolsillo.

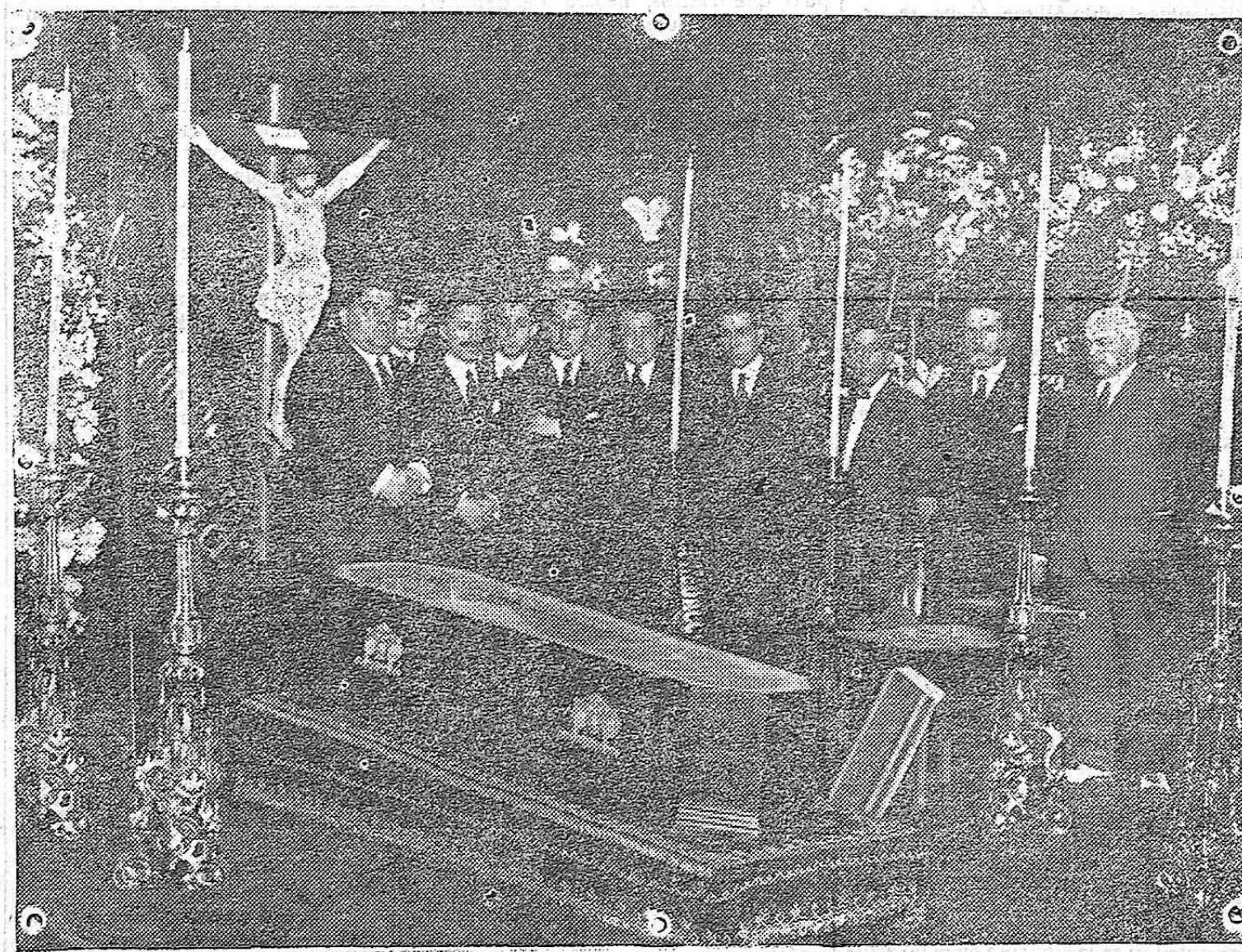
En esta calle de «El Liberal» tenía su puesto un cojo que vendía periódicos. Don Miguel le compraba diariamente un periódico, y por él le daba una peseta. ¡Cuántas veces le hemos oído bendecir a don Miguel!

Hace unos meses falleció este cojo, y al enterarse don Miguel sintió su muerte como la de un amigo querido, y le oímos lamentarse por no haberlo sabido a tiempo de acudir al entierro.

Fuó en el estreno de «Los intereses creados». Moya asistió aquella noche al teatro de Lara con su fraternal amigo Ortega Munilla.

Transcurría la representación sin pena ni gloria, sin que el público acabara de entrar en la obra, y los señores Moya y Ortega Munilla, llevados de sus entusiasmos literarios, en una de las escenas culminantes que el público dejaba pasar indiferente, cosa muy frecuente en los estrenos de don Jacinto que luego se convirtieron en grandes éxitos, se pusieron en pie e iniciaron una estuñada salva de aplausos, que el público, contagiado de su entusiasmo, secundó.

Viguió la representación entre aplausos, terminando con un éxito tan ruidoso.



En la capilla ardiente.—Varios redactores de «El Liberal» rodeando el cadáver de Don Miguel Moya. (Fotografías de María y Orrib)

que, a las que tan decididamente dió don Miguel el apoyo de su actuación social y la colaboración de sus dotes de organizador.

Moya, en la intimidad

El hogar.—Su correspondencia.— Algunas anécdotas

La bondad, la tolerancia, la disculpa constante de las faltas, de los errores ajenos, eran las características de nuestro querido maestro.

Amante del hogar encontraba en él un refugio en los días de combate periodístico, de apasionada controversia. Dama ejemplar su virtuosa compañera, que sentía ya con él, —de tal modo no se separaban de don Miguel los afanes periodísticos— los éxitos y los contratiempos de la lucha diaria. Ha sido un modelo de hombres en su vida privada sin tener que reprocharse nada, sin merecer la más leve censura.

En la conversación, lo mismo al tratar de asuntos fútiles que de las más graves cuestiones, sorrendía con su maravillosa clarividencia, con su alcance de consideraciones que escapaban a la observación de los demás.

Era el super or talento que profundizaba en las cuestiones, mucho más que sus interlocutores.

Era la superioridad mental que al abarcar el conjunto y el detalle sorprendía con sus portentosas facultades de análisis.

Conocía a las personas como ningún otro conocedor del género humano.

Pero al enjuiciar respecto a alguien exponía las buenas cualidades y omittía los defectos. Por eso tenía tantos amigos.

so como merecido, merced a la generosidad con que aquella noche actuaron de «calabreros» los señores Moya y Ortega Munilla.

Hace poco a un periodista de los que en días de lucha le combatieron, oímos decir:

—¡Qué admirable y qué modesto es don Miguel! Lo ha podido todo; es uno de las primeras figuras de España, y yo le admiro cuando todas las mañanas y todas las tardes, haga frío o calor, le veo correr ya con sus años y el cansancio de su labor, para coger el tranvía, cuando podía tener coches y automóviles.

A semejanza de D. Emilio Castelar tenía el hábito de marchar por la calle despartido con sus acompañantes, hablando en voz alta.

Como era uno de los hombres más populares de Madrid, como su figura era conmovedora y respetada, era muy frecuente que los transeúntes se pararan a oírle.

Y escuchaban atentos aquellos juicios claros dichos con las frases, precisas, acompañados de un amplio ademán.

Era en los primeros tiempos de su dirección.

Una noche crudió una de invierno notó don Miguel que un redactor acudía a cuerpo al periódico.

Cuando fué a marchar le llamó y con la delicadeza que inspiraba todos sus actos, le entregó su capa.

Al llegar las claridades del día don Miguel fué a su casa a cuerpo y usó

zquel invierno otra capa vieja que antes había desechado por excesivamente usada.

Una muestra de su acedrado patrio tismo.

Pasó unos días en Barcelona, cuando la fundación de aquel «Liberal». Una noche, en compañía de uno de nuestros más antiguos y más queridos compañeros, asistió en el Liceo a una función en la que trabajaba el célebre transformista Frégoil.

Era en los momentos de fiebre separatista.

Conoció en aquel final de espectáculo de Frégoil en que sacaba a escena las banderas de los distintos países. El transformista fué sacando las de varias naciones de Europa, siendo muy aplaudido.

Al sacar la bandera española hubo un silencio que interrumpió algún silbido.

Don Miguel y nuestro compañero se pusieron de pie aplaudiendo con entusiasmo.

Todo el teatro guardó un silencio absoluto.

(DE EL LIBERAL)

La muerte del hombre justo

No sabía lo odiosa que es la muerte hasta ahora en que ha desaparecido la figura venerable de don Miguel Moya, el más grande hombre que ha tenido España estos últimos tiempos.

Conoció al maestro y bienhechor de periodistas en 1908, cuando organizaba aquella campaña tan patriótica contra el proyecto de ley del terrorismo, anulatoria de todas las libertades ciudadanas, especialmente de la Prensa, que nos dejaba a merced de delatores y tiranos para volver a los tiempos de Fernando do VII, en que se execraba la «funesta manía de pensar».

El proyecto de ley fué a «extramuros», y en premio a la lucha triunfadora del gran defensor de la democracia y de los derechos del hombre, un sin número de admiradores y amigos, obsequiaron a don Miguel con un banquete grandioso, que señaló una nueva etapa en la vida política y periodística del país: la protesta firme, el sentir unánime de que los españoles no queremos ya dictaduras, ni que el pensamiento se ahogue por ley alguna, ni por instrumentos de Poder que lo villipendian y mediatizan.

La retirada de la ley del terrorismo fué uno de los triunfos más señalados de la vida del gran luchador, cuya muerte hoy y lloraremos mucho tiempo, por el vacío que deja, ahora más sensible, perdido el rumbo del país que no sabe si inclinarse a Gobiernos absolutos, intolerables, o entregarse a las banderas radicalistas, la pro y más odiosa tiranía que podríamos soportar en el régimen de Derecha que vivimos, el pueblo culto y democrático.

¡Quién había de decirle a don Miguel, hombre verdaderamente extraordinario por su bondad, por su cultura y por la firmeza de su espíritu, que un grupo de periodistas, por el vacío que deja, ahora más sensible, perdido el rumbo del país que no sabe si inclinarse a Gobiernos absolutos, intolerables, o entregarse a las banderas radicalistas, la pro y más odiosa tiranía que podríamos soportar en el régimen de Derecha que vivimos, el pueblo culto y democrático.

Los restantes profesionales rendiremos culto toda la vida a la memoria del hombre insigne, del egregio periodista de corazón inagotable, de espíritu infinitamente exquisito, a una sencillez como un niño, elevado sobre las miserias, que supo vencerlo todo menos la felonía de una traición que le ha llevado al sepulcro.

Yo quería a don Miguel como a mi segundo padre, por lo bueno que ha sido para mí y por lo muchísimo que me ha favorecido, sin yo merecerlo. Toda la vida haré de su memoria un verdadero culto.

En Madrid, al mismo tiempo que rezaba ante su tumba, echándole flores, pedí al espíritu del Maestro, que presidiera mis actos, como en vida me había protegido tratándome siempre con una bondad sin límites, la misma que empleaba con todo el mundo, pues era un hombre ejemplar en todo y por todo.

Deber de españoles, y de periodistas principalmente, es inmortalizar el recuerdo de un hombre cuya misión única en la tierra fué difundir la ilustración, defender las libertades patrias y contribuir al progreso de España y a la cultura de las clases populares, con el desinterés personal que, como hasta ahora, no hizo hombre alguno.

¡Loca a la memoria de don Miguel Moya y que su recuerdo no se aparte de los buenos patriotas!

MIGUEL GONZÁLEZ PAREJA

Don Miguel Moya y el periodismo femenino

Hasta este apartado lugar de Aragón llega, produciendo un sentimiento general, como general era la estimación que todos le profesaban, la noticia tristísima de la muerte del Maestro insigne, del espejo de caballeros, que se llamó don Miguel Moya.

De haber estado en Madrid, yo no hubiera podido escribir nada en los números necrológicos; tal fue mi impresión tristísima, que he necesitado que pasen los días y serenar mi espíritu en la paz de esta naturaleza indómita.

Desde aquí he sentido la angustia de la familia de don Miguel Moya por esa pérdida irreparable y el dolor de todos mis compañeros del *Heraldo de Madrid* y de *El Liberal*, de don Antonio Sacristán y de todos los amigos leales que participábamos de sus ideales y sabíamos amarlo por su grandeza de alma y por su bondad. Al menos nosotros podemos recordarlo sin remordimiento y sin rubor.

En este recuento que se ha hecho a su muerte ha quedado un punto olvidado. Se ha hablado de lo que los periodistas hombres deben a don Miguel Moya (los más ingratos, más), y eso todos lo sabemos. De lo que no se ha hablado es de lo que deban a Moya los periodistas mujeres.

En 15 años de periodista, en periódicos vivificados por su espíritu, he tenido ocasión de observar día a día la labor admirable del Maestro, rodeado entonces de un coro de aduladores, al que él, leal y noble, incapaz de conocer la adulación, no sabía distinguir de los que verdaderamente lo admiraban. Entre ellos hay muchos que le deben su nombre, su fortuna y hasta su vida.

En todo este tiempo no recibí jamás una recompensa suya, en ningún sentido, ni directa ni indirectamente.

Don Miguel Moya tuvo siempre un gran respeto a la mujer, que en toda su vida de periodista no desmintió. Jamás ha salido de su pluma una frase molesta para las mujeres, jamás faltó a la consideración a ninguna. Siempre estuvieron abiertas las columnas de sus periódicos para elogios a las mujeres artistas, escritoras o simplemente mujeres. Tradición caballeresca de *«El Liberal»*, que hace recordar también a su amigo inseparable Alfredo Vicenti.

Y en *«El Liberal»* hubo desde muy antigua una dama ilustre que ocupaba y ocupa el lugar de asidua colaboradora: doña Salomé Núñez y Topete. Durante el tiempo que *«El Imparcial»* perteneció a la Sociedad Editorial de España, entró en él la notabilísima redac-

ra doña Matilde Muñoz, cuyo mejor elogio es que supo sustituir dignamente a su padre.

Además, don Miguel Moya ha sido el que sin discursos, sin alardes, sin que nadie fije en ello la atención, procedió como el más avanzado feminista. El nos dio completa igualdad de derechos en el periodismo a las mujeres y a los hombres. En los periódicos que pertenecían a la Editorial de España no se ha limitado el campo de actividad a las mujeres. En esta Redacción del *Heraldo* hemos convivido fraternalmente, en una perfecta camaradería, sin privilegios enojosos, en un perfecto pie de igualdad, todos los redactores, sin pensar en las diferencias de sexo.

Y del mismo modo don Miguel Moya nos abrió las puertas de la Asociación de la Prensa, sin restricción ninguna, con derecho a todas sus prerrogativas y a emitir nuestro sufragio, derecho que yo sólo utilicé—permítaseme la satisfacción de consignarlo—para demostrarle mi afecto, ofreciéndole mi voto cuando la ingratitud de muchos se lo regateaba. De no haber estado dormida la conciencia de esos muchos, todos se hubiesen levantado al unísono para proclamar a don Miguel Moya su presidente efectivo cuando la voz de don Antonio Sacristán se elevó, en una de las últimas sesiones, evocando su gran figura de periodista y de caballero, que pudiendo serlo todo, no quiso ser más que periodista y dejar este nombre suyo glorioso para engrandecer la Prensa de España.

Que no se llamen ahora todos discípulos de don Miguel Moya. Para ser discípulos de don Miguel Moya se necesita no haber hecho jamás traición a la amistad, no haber cometido simonía con el periodismo, no haber vendido sus ideales al mejor postor, no haber hecho campañas indignas, no haber defendido malas causas, no haber sido versátiles como hembras sin puño y no haber escrito artículos lacrimosos de humanitarismo falso, mientras se presta dinero al 200 por 100.

Los que nunca manchamos con estas cosas nuestra pluma, nos podemos llamar discípulos de don Miguel Moya y hacer nuestros los agravios que se le infirieron y la gloria del culto a su memoria.

¡Al menos las mujeres no le hicimos traición!

Carmen de Burgos
Monasterio de Piedra.
(De *Heraldo de Madrid*).

De la vida del maestro

Del libro «Domadores del éxito», de González Fiol, tomamos las anécdotas siguientes de nuestro don Miguel.

«El día 14 de Enero de 1875 entró en Madrid Alfonso XII. Corrieron rumores de que aquella noche la partida de la Porra visitaría las redacciones de los periódicos antifalsonos. A la hora de costumbre llegaron dos redactores meritorios: Moya y Ortega Munilla... Luego... Pasó una hora... pasó otra... Ni una rata... A la madrugada, viéndose solos, aquellos dos jovencitos, de escasos veinte años, agarraron plumas y cuartillas y se hicieron todo el periódico... Al siguiente día, los que esperaban ver en *«La Iberia»* sensacionales declaraciones y el plan de lucha que Serrano, Sagasta y sus correligionarios iban a emprender con motivo de la Restauración, ¡cuán lejos estarían de sospechar que aquella prosa había nacido en el magín de dos muchachos!»

«Siendo presidente de la sección de Derecho político de la Academia de Jurisprudencia, publicó el libro *«Conflicto entre los poderes del Estado»*, que obtuvo un premio extraordinario que debió darle don Alfonso XII. Los tiempos eran otros. Presidía la Academia don Manuel Silveira. Y a éste no le pareció extraño que un modesto redactor de *El Liberal* no fuera a recibir un premio de manos del rey...»

«Cómo entró en *El Liberal*.

«Preguntaron quién era el autor de las semblanzas de oradores del Ateneo y de la Academia de Jurisprudencia que publicaba *La Linterna*. Conrado Solsona dijo que el autor era yo. Y a Castro y Blanch, tío de Solsona, le comisionó la Redacción de *El Liberal* para hablar conmigo. Me vió don Angel y me ofreció en *El Liberal* el puesto que yo quisiese. Acepté con todo entusiasmo...»

Y aquella noche, Miguel Moya, el jovencito recién llegado de la calle, casi sin tomar aliento, sin sentirse coartado lo más mínimo por la presencia de *«Fernanflor»*, de Arous, de Castro, de Beraz, de Pacheco y demás eminencias periodísticas con que iba a la bora, se sentó tranquilamente y escribió el *«A*

vuela pluma» como si estuviera en su propia casa... Es todo un rasgo de periodista...»

«Es famoso su discurso contra Maura. De aquel discurso dijo *La Correspondencia de España*:

«El final de la sesión fué tan violento como pocas veces se ha visto en el Parlamento español.

«El terrible discurso del Sr. Moya, la verdadera catilinaria, hecha por el director de *El Liberal* contra el Sr. Maura, produjo en éste efecto verdaderamente demoledor; se le vió, cosa en él no acostumbrada, perder la serenidad y cambiar el color, y tan desconcertado quedó, que cuando terminó su discurso el señor Moya, él—el Sr. Maura—, el hombre de los despaltes, el orador de las frases incisivas no supo qué contestar, limitándose modestamente a decir que, seguramente, los que le conocieran no le estimarían un ápice menos después de lo dicho por el Sr. Moya.»

«Una vez, a las dos de la madrugada, se recibió en la redacción aviso telefónico de haber estallado un incendio. El lugar del siniestro estaba muy lejos de *El Liberal*.

A pesar de la hora que era, no había llegado aún ningún redactor. El director no se alteró por eso... Cogió el sombrero y las cuartillas, se metió en un coche...

Y cuando los redactores llegaron, el suceso estaba ya compuesto en la imprenta.

Por el estilo, conocieron al siguiente día que Moya lo había escrito. Por la cara que les pusiera no pudieron advertirlo, pues fué la de todas las noches.»

«Un día, a los dos años de estar en la Redacción, le llamó el gerente y le dijo:

—Yo creo, amigo Moya, que usted no tiene afición al periodismo; vamos, que se abriría usted más porvenir en otra profesión, en su carrera de abogado, por ejemplo...»

Cuando le recordaron este episodio, Moya dice con triste sonrisa:

—Fué uno de los momentos más amargos de mi vida...

Era, sencillamente, que don Miguel, como todos los jóvenes, había caído en una época de distracción, en que se deja



Aspecto de la Calle del Marqués de Cubas en el momento de sacar el féretro con los restos de Don Miguel Moya de la casa de *«El Liberal»* (Fotografías de María y Ortiz)

de ir por el periódico, y cuando, se va ya no se está en lo que se celebra.»

«Del tacto del Moya es un testimonio elocuente el hecho de que *«Fernanflor»*, aquel hombre frío, que tenía más púas que afectos, llegara a entregarle por completo su corazón a Moya hasta el extremo de que éste, siendo un joven, se le imponía. Muchas madrugadas, al entrar *«Fernanflor»* en la Redacción de *El Liberal*, de regreso del teatro, se encontró con que Moya le enseñaba una cuartilla y le decía:

—Flores, se me ha ocurrido empezar mañana una serie de artículos sobre tal tema... Y he pensado que usted la inaugure con uno suyo...

—Pero...

—Ya está en las cajas el anuncio de que mañana publicará *El Liberal* un artículo de usted.

Y *«Fernanflor»*, aquel hombre incapaz de dejarse mandar de nadie, se iba a su casa y escribía el artículo.

De *«ABC»*

«Cierta día salieron juntos los señores Moya y Luca de Tena del domicilio social de la Papelera Española. Se habían reunido para tratar «extensamente con los representantes de la Prensa de Santander y de Bilbao acerca de las reclamaciones presentadas al señor Urgoiti, para que se mantuviese en vigor la cláusula de los contratos, por virtud de la cual, la Papelera les concedía la bonificación del 35 por 100 en las facturas para el suministro del papel. Los señores Moya y Luca de Tena actuaron en pro de la Papelera y se esforzaron por que los representantes de la Prensa de Santander y de Bilbao secundaran la conducta de los de Barcelona y Madrid, ayudando a la Central Papelera a salir de la precaria situación en que se encontraba y que acaso le habría llevado a la quiebra.

Al llegar al extremo de la calle de la Florida, el señor Moya se separó de sus compañeros para acudir a una ocupación urgente, y en vez de tomar el carruaje de alquiler, corrió a dar alcance a un tranvía, tropezando, perdiendo el equili-

brio y estando a punto de caer al suelo. Entonces, el señor Luca de Tena, dirigiéndose a los periodistas que con él estaban, les dijo:

«Ahí tienen ustedes a un hombre que ha sido árbitro de la Prensa de España, que ha hecho ministros y que ha sostenido a muchos Gobiernos, y ese hombre, al llegar a la vejez, está expuesto a sufrir un accidente, porque su posición social no le permite utilizar un carruaje. Los que han calumniado a don Miguel Moya, si presenciaban lo que ustedes acaban de ver, seguramente sentirían por nuestro compañero la admiración a que le hace acreedor su honrosa vida.»

Era el lock out declarado el 17 de Abril de 1911 por los patronos albañiles, lo que preocupaba a las autoridades y a la clase obrera madrileña. Llevaba siete semanas de paro forzoso; la situación no diremos que fuera desesperada, pero la intranquilidad cuada; era necesario buscar remedio al malestar que se sentía; entonces se pensó en la intervención de persona sabia, de considerable prestigio y a la que los patronos no pudieran impunemente darle un desaire. Los obreros albañiles pensaron en don Miguel Moya.

Una Comisión de estos obreros fueron el día 2 de Junio a exponer al señor Moya el deseo de que interviniese en favor de los que holgaban; este señor rechazó por exceso de modestia la demanda obrera, pero vencidos los escrúpulos, ante los argumentos de los boicoteados, prometió hacer lo que de su parte estuviera.

En virtud de los choques que hubo aquel mismo día, entre la policía y los obreros, una delegación de la Casa del Pueblo se avisó con el ministro de la Gobernación aquella noche, para protestar contra los atropellos de que fueron víctimas los huelguistas.

El ministro propuso una fórmula para terminar con el «lock out», consistente en reanudar el trabajo, no con las condiciones que deseaban los patronos, sino en las establecidas hasta el 30 de Abril; para dar solución rápidamente, que se nombrara una comisión com-

puesta por interesados de ambos litigantes, o sea obreros y patronos.

La delegación de la Casa del Pueblo no pudo contestar por ser asuntos que tenían que resolver los albañiles, pero éstos no pensaron siquiera en discutir la y la pusieron en manos del señor Moya.

La noche del día 3 de Junio, don Miguel Moya comunicaba a los obreros que la fórmula la hacía suya, que la comisión acordaría mejoras beneficiosas para el oficio y que él, su persona era la garantía que ofrecía.

Para los obreros era mucha garantía la persona del presidente de la Asociación de la Prensa, y la aceptaron.

El «lock out» de 1911 fué resuelto a favor de los obreros albañiles.

HORAS DE DOLOR

La ofrenda al Maestro

Está de luto el periodismo español. Su figura cumbre, su prestigio más excelso e inmaculado ha desaparecido para desgracia de nuestra ingrata profesión y para remordimiento de quienes acibararon su alma de niño grande, su corazón ampliamente generoso y magnánimo.

Prototipo de caballero, espejo de hidalguía y honradas convicciones, don Miguel Moya supo elevar al máximo de dignificación el periodismo hispano y rodearle de los respetos y aureolas a que tiene derecho por la transcendencia de su misión cultural y por el valor que representaba en la esfera de las actividades humanas.

Palanca progresiva y no vil palanqueta, fué el periódico en manos del Maestro. Su honradez proverbial, sus opiniones puras y desinteresadas reflejaron fielmente en las columnas de sus Diarios.



Mérito tanto mayor hoy que el industrialismo amenaza con asfixiar a la prensa genuinamente española, esta prensa que lustro tras lustro simbolizara las virtudes patrias, constituyendo un emporio de ilustración y nobleza, de altruismo y democracia.

Don Miguel, como todos cariñosamente le llamaban, no concebía otro periodismo que el que siempre cultivó: el periodismo elevado, sincero, imparcial y españolísimo. Una religión de hombres buenos, un concierto de voluntades firmes y plausibles, al servicio de las causas dignas, de los anhelos redentores.

Su vida fulgente y admirable, debe servirnos de modelo a quienes militamos en el oficio que él convirtiera en sacerdocio.

Aprendamos a querer la nuestra profesión, tan alabada por las conciencias acrisoladas como escarnecida por los enemigos de la luz delatadora, por aquellos que viven al margen de la Ley, medrando a costa de las lágrimas y angustias del prójimo.

Sepamos que el insigne finado pudo escalar todos los puestos y obtener las más envidiables recompensas, renunciando a ello porque su modestia ejemplar le apartaba de los relumbros que tanto seoucan a las medianías.

Su título de periodista era para él infinitamente superior a cualquier otro. Y así el hombre bienhechor, el escritor ilustre, murió piadosamente—la muerte del justo—habiendo de sus periódicos que eran como su propia vida, contra la cual se iba, yendo contra aquellos...

De sus labios jamás salieron frases que no fuesen de aliento en los propósitos excelentes, de elogia para todo lo inspirado en el común bienestar, como de su pluma no fuian otros artículos que aquellos brillantes e inimitables en que defendía la razón y la justicia.

España entera rinde estos días un homenaje al eximio periodista que, nacido de familia humilde, supo elevarse por su talento, laboriosidad y asombrosa grandeza de espíritu, dejando por doquier una estela de bondades y afectos.

La mejor ofrenda que a su recuerdo imperecedero hagamos, será recoger sus sabias enseñanzas, laborar por el esplendor intachable del periodismo y seguir las rutas ideales que nos trazara con el ejemplo aquel cerebro privilegiado y aquel gran corazón que animaban la figura venerable de don Miguel Moya.

Honremos al maestro, perpetuando su obra.

EDUARDO LÓPEZ

Granada, Agosto, 1920.

La barba blanca

Sobre la nieve del sudario descansaba, patriarcalmente venerable, la barba blanca del maestro. Al contemplarla cruzó por mi imaginación el pasado, puesto en pie sobre la nave del recuerdo, una sonrisa de melancolía se reflejó en mi rostro, que nada hay tan bellamente triste como el retorno ideal de los pretéritos.

Frente a la barba blanca del maestro hacía yo memoria de la primera vez que le viéron mis ojos. Había yo oído a mi padre hablar con frecuencia de don Miguel Moya, con tal respeto y tan sincero cariño, que yo quería y respetaba sin conocerle. Y he aquí que una mañana la mano de mi padre me puso frente a Moya; mientras ellos hablaban, yo, que apenas tendría nueve años, observaba el vaivén que el movimiento de los labios imprimía a las barbas del maestro, rubias entonces. Cuando nos despedimos, aquellas barbas me rozaron la frente, dándome un beso paternal.

Transcurrieron los años. En ocasión para mi dolorosa y terrible, vi a don Miguel que me tendía la mano temblorosa; mi padre acababa de morir... Y en las palabras de don Miguel comprendí que podía disponer de un nuevo padre espiritual. Al cariño y al respeto que desde niño le profesaba, se unió la gratitud.

Guardar gratitud al que nos hizo bien es el deber más noble de los hombres. Yo lo he cumplido. No todos pueden decir lo mismo. Sé que la vanidad de mi actitud y un desprecio inmenso para los ingratos, para aquellos que no han sabido respetar a Moya, para los que no han llorado ante la barba blanca del maestro, que descansaba sobre el sudario patriarcalmente venerable...

JOAQUÍN DICENTA (HIJO)